

EL PECADOR ARREPENTIDO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

EL PECADOR ARREPENTIDO

Y dijo á Jesús: «Acuérdate de mí cuando hayas entrado en tu reino.»

Y Jesús le dijo: «En verdad te digo que tú serás hoy conmigo en el Paraíso.»

(S. LUCAS, c. 23, ver. 42 y 43.)

Vivía en la tierra un hombre de setenta años, que había pasado su vida entera en el pecado.

Este hombre cayó enfermo y no se arrepentía. Cuando su muerte estaba próxima, llegada ya su última hora, comenzó á llorar y dijo:

¡ Señor! ¡ Perdóname como perdonaste al Buen Ladrón en la Cruz! ¡ Perdóname!

Apenas hubo hablado cuando rindió el alma, y ésta amó á Dios, tuvo fe en su misericordia y voló al umbral del Paraíso.

El pecador empezó á llamar á la puerta, supli-

cando que se le abriese la entrada del reino de los cielos.

Una voz se dejó oír detrás de la puerta y dijo:

— ¿Quién es ese hombre que llama á la puerta del Paraíso? ¿Cómo vivía sobre la tierra?

Y la voz del acusador respondió enumerando todos los pecados de aquel hombre, y no citó ni una sola obra meritoria.

Entonces la voz continuó de detrás de la puerta:

— ¡ Los pecadores no entran en el reino de Dios!
¡ Vete de aquí!

El hombre dijo:

— ¡ Señor! oigo tu voz, pero no veo tu cara, y no sé tu nombre.

Y la voz repuso:

— Soy Pedro el apóstol.

Entonces dijo el pecador:

— Ten piedad de mí, Pedro. Acuérdate de la flaqueza humana y de la misericordia divina. ¿No fuiste tú discípulo de Cristo? ¿No recogiste de sus propios labios su doctrina? Tú has tenido el ejemplo de su vida. ¡ Acuérdate! Él tenía el alma atormentada y te pidió por tres veces que no te durmieses y orases, y tú te dormistes, porque el sueño cerraba tus párpados, y por tres veces te sorprendió Jesús dormido. Así he hecho yo. Acuérdate también de

que habías jurado por la salvación de tu alma no negarle, y por tres veces le negaste cuando se le llevó á casa de Caifás. Así he hecho yo. Acuérdate también de que el gallo cantó y de que tú saliste llorando amargamente. Así he procedido. Tú no puedes dejarme fuera.

Y la voz que sonaba detrás de la puerta del Paraíso enmudeció.

Al cabo de un instante el pecador volvió á llamar suplicando se le franquease la entrada del reino de Dios, y otra voz se dejó oír de detrás de la puerta.

— ¿Quién es ese hombre y cómo vivía sobre la tierra?

Y de nuevo la voz del acusador respondió enumerando todos los pecados de aquel hombre y no citó ninguna acción meritoria.

Y la voz replicó de detrás de la puerta:

— ¡ Vete! ¡ Un tan gran pecador no puede vivir con nosotros en el cielo!

El hombre dijo:

— ¡ Señor! oigo tu voz, pero no veo tu cara y no sé tu nombre.

Y la voz respondió:

— Yo soy David, el rey profeta.

El pecador no desesperó, y sin alejarse de la puerta del Paraíso dijo:

— ¡Ten piedad de mí, rey David! Acuérdate de la flaqueza humana y de la misericordia divina. Dios te ama y te habrá colmado por encima de los demás hombres. Todo lo tenías, un reino, gloria, oro, favoritas é hijos; pero en cuanto viste desde lo alto de tu azotea á la mujer de un pobre hombre, el pecado se apoderó de ti y te apoderaste de la esposa de Uria y á él mimo le entregaste á la espada de los Ammonitas... Tú, el rico, quitaste al desgraciado su última oveja y le hiciste perecer. Así he hecho yo. Acuérdate también de que te arrepentiste diciendo: « Reconozco mi falta y me arrepiento de mis pecados. » Así he hecho yo. No puedes dejarme fuera.

Y la voz se calló de detrás de la puerta.

Al cabo de un instante el pecador volvió á llamar suplicando que se le abriese el reino de los cielos.

Una tercera voz se hizo oír diciendo:

— ¿Quién es ese hombre y cómo vivió sobre la tierra?

Y por tercera vez la voz del acusador respondió enumerando todos los pecados de aquel hombre y no citó ninguna acción meritoria.

La voz entonces exclamó de detrás de la puerta:

— ¡Vete 'de aquí! Los pecadores no entran en el reino de los cielos!

Y el hombre dijo:

— Oigo tu voz, pero no veo tu rostro ni sé tu nombre.

Y la voz respondió:

— Soy Juan Evangelista, el discípulo predilecto de Jesús.

El pecador se regocijó y dijo:

— Ahora sí que no me quedo fuera. Pedro y David me dejarán entrar, porque conocen la flaqueza humana y la misericordia divina, pero tú me franquearás la entrada porque estás lleno de amor. ¿No eres tú, Juan Evangelista el que has escrito en tu libro: « Dios es el amor y quien no ama no conoce á Dios? » ¿No eres tú quien en la vejez iba repitiendo: « Hermanos, amémonos los unos á los otros? » ¿Cómo me despreciarías, cómo me rechazaríais ahora? O reniega de lo que has dicho ó ámame y ábreme las puertas del cielo.

Y la puerta se abrió de par en par, y Juan Evangelista estrechó entre sus brazos al pecador arrepentido y le dejó entrar en el reino de los cielos.

EL PRIMER DESTILADOR

EL PRIMER DESTILADOR

Un pobre mujik se fué al campo á labrar sin haber almorzado. Llevaba á prevención un trozo de pan y antes de comenzar su trabajo le dejó al pie de una zarza y le tapó con su caftán.

Cansado el caballo y mientras él reposaba, el mujik, que sintió apetito, fué en busca de su pan, y al mismo tiempo desunció al animal del arado para que pastase libremente. Acercóse el mujik á la zarza, levantó el capote, y no encontró el pan. Busca que busca, vuelve que vuelve el caftán, todo inútil, el pan no pareció.

El campesino se sorprendió de aquella desaparición inesperada.

— ¡Qué cosa tan extraña! pensaba. No he visto venir á nadie y, sin embargo, alguno se me ha llevado el pan!

El autor del desaguizado había sido un diablillo

que, mientras el mujik labraba, le había robado la rebanada de pan y luego se sentó detrás de la zarza para ver si la ira le impulsaba á maldecir.

El labrador no estaba contento, ni mucho menos, pero se limitó á murmurar:

— ¡Bah! no me moriré por eso de hambre. El que me haquitado el pan, de seguro lo necesitaba más que yo; pues que buen provecho le haga.

Al decir esto se fué al pozo, bebió agua, descansó un momento, volvió á uncir el caballo y comenzó de nuevo su tarea.

El diablillo estaba furioso de no haber podido hacer pecar al mujik y fué á pedir consejo al diablo en jefe. Le contó cómo había robado al mujik su pan y que el labrador, en vez de arrebatarse, había dicho: « ¡ Buen provecho le haga ! »

El diablo en jefe montó en cólera, y dijo:

— Si el mujik te ha vencido en este asunto, es porque has faltado á tu deber y no has sabido manejarlo. Ten presente que si dejamos á los mujiks y á sus mujeres desafiarnos de esta suerte, vamos á pasar una vida de perros... Esto no puede quedar así, de modo que vuelve á casa del campesino y gánate el pan que has robado si es que quieres comértelo. Si de aquí á tres años no has vencido á ese mujik te meteré en agua bendita.

El diablejo sintió un escalofrío de espanto.

Volvió corriendo á la tierra, y estuvo recapacitando mucho tiempo en los medios de reparar su falta. En fuerza de pensar acabó por encontrar lo que quería.

Tomó la forma de un hombre y entró al servicio del mujik. Previendo que el verano sería muy seco, convenció á su amo de que sembrase trigo en las tierras pantanosas. Siguió el mujik el consejo de su servidor y sembró trigo en las tierras encharcadas.

A los demás mujiks la fuerza del sol les quemó la mies, y en cambio al de nuestro cuento le brotó alta y hermosa; tuvo bastante para su alimentación hasta la cosecha siguiente y aún le quedó mucho pan.

Al verano siguiente, el criado persuadió al mujik de que sembrara trigo en las tierras altas, y precisamente aquel año fué lluvioso.

A todos el exceso de humedad les pudrió el trigo, y las espigas no maduraron; pero el mujik, en cambio, recogió en las tierras altas una abundante cosecha. Tanto y tan grueso era el grano, que, llenas las trojes, no sabía qué hacer del que le sobraba.

Entonces el criado enseñó al mujik á fabricar la vokda, y el labrador se aficionó á ella, de modo que no sólo bebió él, sino que hizo beber á los demás.

Entonces el diablillo fué á buscar al diablo en jefe

alabándose de haber ganado el trozo de pan, pero el diablo en jefe quiso convencerse de ello.

Fué á casa del mujik y vió que éste había invitado á los notables del país y obsequiaba á todos con vokda. La dueña de la casa en persona servía de beber, y aconteció que, una vez que pasó junto á la mesa, tropezó en un ángulo de ella y derribó un vaso.

El mujik se incomodó y riñó á su esposa.

— ¡Tonta de todos los diablos! — gritó. — ¿Es, acaso, esto agua de fregar para que la derrames de ese modo?

El diablillo dió con el codo al diablo en jefe.

— Fijate — le dijo, — ahora no pasa como cuando el pan.

Después de haber reñido á su mujer, el mujik quiso servir por sí mismo el licor fermentado y todos trincaron con regocijo. Entró en esto un mujik, á quien no se esperaba, y que, después de saludar, se sentó. Al ver á los demás beber vokda, entró en ganas de probarla y reconfortarse, pero nadie se la ofreció y el pobre mujik tuvo que contentarse con tragar saliva.

El amo murmuraba por lo bajo:

— ¿Es que he hecho bastante vokda para ofrecerla á todo el que se presente?

Esto agradó también al diablo en jefe é hizo enorgullecerse al diablillo, que exclamó:

— Aguarda, que lo bueno viene ahora.

Los ricos mujiks, y con ellos el amo de la casa, bebieron la vokda, y cuando ésta comenzó á hacer su efecto, empezaron los convidados á dirigirse alabanzas mutuas, y sus palabras eran melosas y llenas de afecto.

El diablo en jefe oía y felicitaba al diablillo.

— Con este brebaje — decía — se hacen hipócritas y se engañan unos á otros, de modo que los tendremos á todos en nuestro poder.

— Espera un poco más y verás lo que va á pasar — repuso el diablillo. — Aguarda á que beban solamente otro vaso. Ahora están como zorros que mueven la cola al verse juntos y tratan de engañarse, pero pronto los verás tan enfurecidos como si fueran lobos.

Los mujiks bebieron otro vaso y comenzaron á gritar y á hablar de un modo grosero. A las palabras melosas substituyeron las injurias, se apoderó de todos un furor extraordinario, y acabaron golpeándose y estropeándose las narices. El propio dueño de la casa, que quiso intervenir en la contienda, sacó también su parte de porrazos.

El diablo en jefe miraba y se divertía ante aquel espectáculo.

— Esto va bien — dijo frotándose las manos.

Y el diablillo agregaba :

— Espera todavía un poco. Deja que beban aún otro vaso y ya verás. Ahora están como lobos rabiosos; pero, en cuanto hayan apurado otra copa, se pondrán como cerdos.

Los mujiks bebieron el tercer vaso y quedaron como aturdidos. Murmuraban, gruñían y gritaban sin saber ellos mismos lo que decían y sin escucharse unos á otros. Cada cual se fué por su lado : unos solos, otros por parejas ó por grupos de tres, y todos fueron á caer en tierra en sus calles respectivas.

El dueño de la casa, que salió para despedir á sus huéspedes, se dejó caer en un charco, se puso perdido de lodo y allí quedó dormido como un cerdo.

Esto agradó más todavía al diablo en jefe.

— ¿Sabes — dijo el diablillo — que has inventado una famosa bebida? Bien has ganado el pedazo de pan. Ahora me vas á enseñar cómo has fabricado ese brebaje. Juraría que has puesto en él : primero sangre de zorro, y por eso los mujiks se volvían tan engañadores é hipócritas; después sangre de lobo, que los volvía malos como ellos, y, por último, san-

gre de cerdo, que los ha convertido en puercos.

— No — dijo el diablillo; — no he fabricado así ese brebaje. Me he limitado á hacer que ese mujik tuviera trigo de sobra. Era en él en donde estaba la sangre de todos esos animales, pero esa sangre no podía obrar, mientras el trigo sólo daba apenas lo necesario. Entonces era cuando no lamentaba haber perdido su último trozo de pan. En cambio, cuando empezó á tener trigo en exceso, comenzó á pensar en el modo de utilizarlo y aproveché la ocasión para enseñarle á beber vokda. Al destilar, para su regalo, el don de Dios, convirtiéndole en vokda, se manifestaron la sangre de zorro, de lobo y de cerdo; ahora no tendrá que hacer sino continuar bebiéndola para convertirse en lo mismo que esos animales.

El diablo en jefe felicitó al diablillo, le dió el pedazo de pan y le ascendió en jerarquía.